

DON JULIO SAAVEDRA MOLINA

Con motivo del fallecimiento de este distinguido humanista y catedrático de lengua francesa, ocurrido a mediados de diciembre a quien se debentan interesantes estudios sobre poética, especialmente Rubenarianana, reproducimos el artículo póstumo que le dedicó el escritor y crítico Silva Castro. — N. de la R.

La jubilación, que para muchos es un descanso que conduce a la fritación por hastío, significó para don Julio Saavedra Molina el nacimiento a una nueva vida. Acumulando conocimientos que le acompañaban desde la juventud, optó por la erudición literaria y en cortos años cimentó un bien fundado renombre como tratadista de métrica. Sus estudios estaban ya terminados; pero, en un anhelo de perfección que no es usual en Chile, se empeñaba por mantenerlos inéditos, sin ofrecer de ellos otra cosa que esbozos y fragmentos adecuados, por su brevedad para ser insertados en las revistas que podían acoger colaboración tan "difícil".

Porque, en efecto, nuestro discreto amigo había escogido en las letras la ruta menos frecuentada, la que tiene más obstáculos. El que recorra prolijamente, oídos y corazón abiertos, la edición que el señor Saavedra Molina hizo de las obras de juventud de Rubén Darío, deberá asombrarse del cúmulo de observaciones, así como de la singular destreza del autor para sortearlas. Y si no se asombra, quiere decir que la erudición literaria nada le dice y ninguna emoción le promueve, cosa por lo demás que rige con la mayoría y que no tiene nada de extraño.

Son esos, en efecto, estudios de que el vulgo se dispensa con gracia abrumándolos bajo el epíteto de "soporíferos", y a sus autores resulta también fácil agobiarlos con el nombre de "secos, duros y pedregosos". En nuestras conversaciones de intervalo entre obra y obra, o cuando acababa de publicar un fascículo, más de una vez charlamos él y yo acerca del duro camino que habíamos escogido. Yo le decía que tenía la ventaja de haberlo tomado más joven, de manera que estaba ya hecho a su-

asperezas. El, en cambio, me decía que por haberlo preferido en la madurez, de nada podía acongojarse en extremo. Y nos costaba despedirnos. Llegaba la hora, cogíamos nuestros libros, y echábamos a andar. En la esquina había que añadir un ápice olvidado y de nuevo la charla fluía de sus labios, intermitente, seductora, casi me atrevería a decir que apasionante.

Y me atrevo a decirlo, porque sólo quienes hemos tenido el privilegio de conocer al señor Saavedra Molina sabemos hasta qué grado era apasionante su conversación. Lo poseía la pasión de la cosa pública, y un civismo enérgico lo exaltaba con facilidad. La última vez que hablé con él sentí que algo se había roto en aquella alma. Los rasgos de la fisonomía nada denunciaban de aquella herida; pero, el tono de la voz, el ritmo de la frase, algo tenían de distinto. ¿La muerte rondaba ya por allí en busca de su presa? Puede ser. En todo caso, la muerte llegó cuando no se la esperaba y se fué con él en una hora que nos parece deshora a cuantos le quisimos.

En aquella postrera conversación de pocos días antes de su muerte, me pareció advertir que el viejo y austero luchador estaba lastimado. Antiguos amigos suyos de profesorado, promovidos a dignidades políticas que tal vez no merecían, le motivaron juicios acérrimos. Quise calmarlo. Le recordé que así como no es oro todo cuanto reduce, también suele ocurrir que la fama alada que conquista el hombre en su paso por la existencia no siempre calza en grado preciso a su fisonomía moral. Que hay seres calumniados, que a veces la justicia no quiere ser contemporánea del ser vivo y se reserva la áspera condición de póstuma...

Fué nuestra última charla, y a ella siguió una carta, como era frecuente en él, destinada a ensancharla, a darle una cúspide nueva. Y cuando ya tenía yo algunas líneas escritas para responderla, la noticia de la muerte súbita me paralizó la parte de diálogo que había echado sobre mí.

En la juventud fué maestro, viajó por Europa, asistió a establecimientos modelos, se preparó en fin para dignidades superiores. Pero su tragedia fué la

de tantos otros chilenos que creen que los caminos difíciles son los mejores y que se imaginan que el mucho saber conduce muy lejos. No fué tomado en cuenta, y en cuanto hubo oportunidad se le empujó a la jubilación. No se han hecho las dignidades para quien vive lejos de la casa de los poderosos, y el saber estorba en la frivolidad del mundo. La palabra ática, dulce, hechicera del erudito, provoca risas en este ambiente ruin, y al que se prepara durante años para hacer algo bien y a conciencia, con ardor cívico, con entusiasmo, energía, decisión, no se le deja con su preparación a cuestas que se vaya a rumiar el aburrimiento del jubilado, o se le promueve cuando ya decisión, energía y entusiasmo van de capa caída rumbo a la disgregación de la muerte irremediable. Tal fué, en resumen, la triste carrera de este noble y selectísimo amigo.

Nombre más atrás a Rubén Darío, y junto a él, podría nombrar a Lugones, a Musset, a Gabriela Mistral, a cien escritores más que fueron el nexo de nuestra amistad y el centro de no pocos trabajos de uno y de otro. La empresa de editar a Darío con motivo del cincuentenario de la publicación de "Azul" fué auspiciada por ambos ante la Universidad, y así como él tuvo la dicha de ver cumplida su parte, yo he debido aguardarme hasta hoy la publicación emprendida. A veces divergamos sobre Gabriela Mistral, sobre quien escribió una monografía espléndida pero en el fondo concordábamos. Amante de la forma severa, pulcra, armoniosa, el señor Saavedra no podía transigir con el verso claudicante y la sintaxis chapucera. Con lo que sí transigía dócilmente era con el soplo poético, que a su

juicio calcinaba por instantes las durezas de la forma y hacía suponer superficies lisas en donde había rugosidades, poros deformes y sucias hendeduras.

No cuenta a montones la literatura chilena con seres de discernimiento tan agudo como Saavedra Molina, capaces de ser maestros aún cuando ya no trepen a la cátedra ocupada por intrusos. El vulgo cree que son escritores los que dicen cosas dulces y gratuitas, y la erudición es, para él, sinónimo de pedantería. Sin embargo, el señor Saavedra deja su obra, y aún cuando ella está compuesta de palabras, como la de los otros escritores, no cabe duda de que tendrá mayor permanencia. Se le rendirá, en efecto por mucho tiempo el cotidiano homenaje de repasar lo que él haya escrito, para evitarse el ingente trabajo de investigar de nuevo lo que él ya investigó.

La muerte nos va dejando solos. Cada día abundan menos los interlocutores que quieran oír, y es desoladora la escasez de seres que hagan observaciones sólo agudas, sensatas y sinceras, o porque las impertinentes no se les ocurren o porque con mano sutil se las esconden en aquellos senos del alma que el hombre culto no tiene derecho a estar revelando a cada paso. Don Julio Saavedra Molina fué un modelo de amigos, así como de su obra escrita puede ya decirse que constituye también un modelo de erudición. Y esas dos dimensiones del espíritu, la amistad y el saber, convivieron en él en grado tan eminente que en esta hora del fallecimiento lo lloran a la par el amigo y el admirador, ambos con pesar idéntico, ambos con agradecida solicitud.

RAUL SILVA CASTRO

De "El Mercurio" — Diciembre 17.

